

40 años de democracia: paradójicamente, una parábola de la decadencia

Editado por >>> Fundación UOCRA
y Universidad Nacional de Tres de Febrero.
agosto 2024
ISSN: 2524-9371

#14

Dossier sobre
**Calidad del Empleo y
Estructura Socio-productiva**

ITRAS

Instituto de Ciencias Sociales
del Trabajo y Acción Sindical

(*) Un Instituto fundado por
el CIEA/UNTREF y Fundación UOCRA

#14

40 años de democracia: paradójicamente, una parábola de la decadencia

Presentación

Esta edición de nuestro Dossier aparece con una estructura menos convencional, ya que el calendario que le tocaba para su aparición se vio atravesado por un cambio de gobierno muy atípico, dado que fue un proceso que erigió como Presidente de la Nación a un representante de un liberalismo extremo, llamado por el propio Presidente como una línea anarco libertaria, o sea, un liberalismo que rozaría con el anarquismo.

A partir de este punto de inflexión, en estos primeros meses, los debates parecen, nuevamente, instalarse de una manera maniquea: o es lo peor que le está sucediendo a la Argentina en su historia reciente o, desde la otra orilla (o desde el otro lado de la nueva grieta), es la revolución libertaria que va a sacar a la Argentina de un atraso acumulado de cincuenta, setenta o cien años. Desde nuestro punto de vista, no se trata ni de lo uno ni de lo otro y, para tratar de sostener esta postura, expondremos, más adelante, algunos datos y cuestiones que le están dando forma a la realidad actual.

Aunque reconocemos que es muy difícil hacer en el análisis esta distinción y no caer en algunos de los lados de la dicotomía, ya que tanto el partido de gobierno como el Presidente y la Vicepresidenta tienen fuertes conexiones con personas abiertamente negacionistas de la última dictadura, o tienen posturas homo y lesbofóbicas, por ejemplo, con una total falta de empatía por quienes están en una situación de mucha vulnerabilidad dentro de nuestra comunidad. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, se podría argumentar que, detrás de los modos frenéticos y, muchas veces, agresivos, el Presidente, queriéndolo o no, sí planteó algo sustantivo como marca de época para la Argentina. Como en el viejo

cuento de Andersen, donde el climax sucede cuando el niño afirma que el rey está desnudo, el Presidente Milei gritó a voz en cuello que la Argentina está desnuda. Es decir, repentinamente puso en la superficie de la discusión una cantidad, que a veces parece ilimitada, de debates conocidos por muchos (muchísimos) pero callados por todos. Es por ello que no pocas personas que se dedican al análisis del por qué la imagen presidencial resiste a la fuerte caída de la actividad, y a los recortes de gastos, afirman que Milei, de alguna manera, encarnó y encarna un reclamo, un hartazgo de la sociedad especialmente dirigido hacia las y los políticos en un sentido muy general. Parecería que la sociedad, con cierto sentido común colectivo, está expresando su hartazgo hacia aquéllos a quienes les ha encomendado los destinos del país en sus diferentes niveles y dimensiones.

Bastan algunos ejemplos para comprender a qué nos referimos. El que una dirigencia política de primera y segunda línea bailara la danza de la grieta sobre la cubierta del Titanic, unos pregonando la revolución nacional y popular, mientras entre 2003 y 2015 la informalidad estructural (que releva las unidades productivas y los empleos de bajísima productividad) no disminuyó de una meseta del 25% de los ocupados mientras que la multiplicación de los planes sociales no paraba de crecer; y otros, pregonando la falta de valores republicanos, mientras nuevamente organizaban una macroeconomía efímera y diseñada para algunos empresarios acostumbrados a los negocios fáciles con el Estado. Unos, autodenominándose de izquierda y progresistas, sin serlo tanto, y los otros, sindicados de derecha, cuando tampoco lo eran tanto. Un segundo punto: es hartó conocida la capacidad menguada



(de-construida durante muchos años) de la burocracia estatal, con su mal funcionamiento, pero ni unos ni otros se propusieron tomar medidas drásticas de reclutamiento y ordenamiento de tal burocracia, donde ciertos niveles estatales se cubrieran con personas de “carrera” y conocimiento, y no con cualquier persona que necesitara ingresar al Estado, porque la falta de dinamismo del empleo dentro del sector privado moderno golpea a todos, pero parecería que ante esto se acomodan de mejor manera algunos políticos.

Así se podría continuar esta desgraciada enumeración, por ejemplo, con los problemas endógenos dentro del sistema educativo, con la creciente falta de derechos dentro del mercado de trabajo, con la persistente meseta de los niveles de pobreza, con los permanentes problemas de tipo productivo, con un sector privado, relativamente moderno, achicándose y con los sectores llamados estructuralmente informales o también ubicados dentro de la economía popular, en crecimiento, sin un incremento en el mediano y largo plazo de cadenas de valor que puedan incursionar en el mercado internacional (vía nuevas exportaciones), con la sempiterna excepción del complejo agroalimentario.

Sin embargo, pareciera que las dirigencias de todos los tamaños y colores jugaban a ver las tónicas del rey a pesar de su desnudez, jugaban a que lo único que le faltaba a la Argentina eran declamaciones, unos pensando que solamente con estimulación del mercado interno y sustituciones de importaciones, o cobrando mejor los impuestos se resolvían todos los problemas, y otros pensando que con el mero ajuste del gasto público y del tamaño de la burocracia

estatal (en la búsqueda de la eliminación del tan mentado déficit fiscal) se resolvían todos los problemas. Ésta podría ser una de las tantas síntesis del magma donde el Presidente gritó a voz en cuello que la Argentina está desnuda y, repentinamente, parecería que todos comenzaron (comenzamos) a vislumbrar cosas que hace al menos treinta años vienen sucediendo.

Desde este Dossier, ya en su primer número del 2016, venimos alertando sobre un conjunto de problemas que denominamos estructurales. Problemas como el de la informalidad estructural, como el de las dificultades de la productividad, de la competitividad de las empresas y de los trabajadores, de la deficiencia en la tan señalada “sintonía fina” dentro de las políticas públicas, que en los últimos veinte años no ha dado resultados. Pues bien, actualmente nos encontramos en la misma situación (o peor, si tenemos en cuenta el costo de lo no hecho); estos problemas persisten y aquello que señaláramos hace siete u ocho años, como la latinoamericanización de la economía y de la estructura social argentina, ya se ha transformado en una idea bastante evidente y visible.

En las páginas siguientes, vamos a tratar de evidenciar, desde nuestro punto de vista y a través de una serie de datos, cuál era y es el sustrato de algunas cosas que no se discutían y que, peligrosamente, más allá de las denuncias libertarias, nos parece que pueden continuar quedando ocultas como discusiones de largo plazo.//

Diego Masello
UNTREF

El problema estructural es político

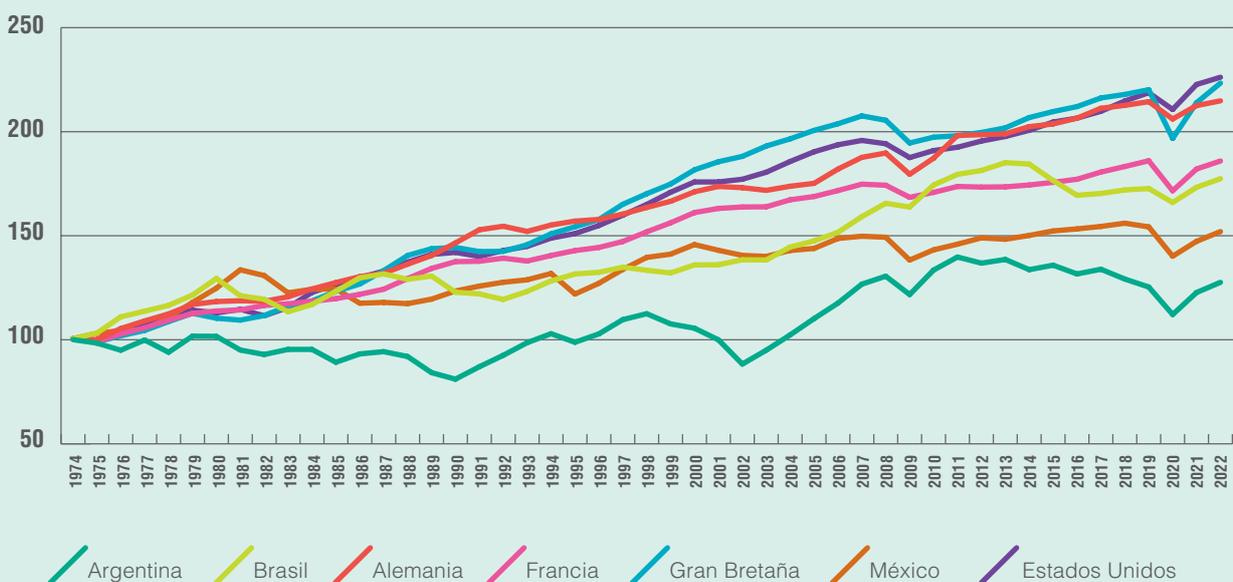
Sería sumamente sencillo para nosotros sumarnos a una crítica sin cuartel al gobierno actual, es un lugar que propone la comodidad del “deber ser” discursivo. Sin embargo, no se puede analizar lo que está sucediendo actualmente sin, por un lado, ampliar el foco temporal y, por el otro, proponer que la dimensión más relevante del problema es estructural y política y no meramente macroeconómica, como parecerían presentarnos empecinadamente a diario. Repetiremos hasta el cansancio: ordenar la macroeconomía es una condición necesaria pero no suficiente para comenzar a resolver nuestros problemas estructurales.

Hace aproximadamente cuarenta y cinco años que Argentina viene moldeando una transformación sistémica, que ha ido redibujando su estructura social y productiva y, por ende, sus características como país, afectando de manera diversa tanto a to-

das sus instituciones como a sus habitantes. Podríamos decir que el período democrático más extenso de nuestra historia, estos últimos cuarenta años de democracia inaugurada por el presidente Raúl Alfonsín, ha mostrado paralelamente un deterioro de nuestra estructura socio-productiva de inmensas proporciones.

Hay numerosas formas de observar esto. Una de ellas podría ser a través del análisis del producto interno bruto per capita, como una medida, al menos, de formación de riqueza en relación al crecimiento de la población. Para ello, tomando microdatos de la OCDE, se puede observar en el gráfico siguiente una evolución de largo plazo comparativa de Argentina con los otros dos países más grandes (territorial y poblacionalmente¹ hablando) de la región (Brasil y México) como con algunos de los países más desarrollados.

Gráfico 1: Evolución comparada del PBI a precios constantes.
(1974-2022) / 1974: Base 100



Fuente: elaboración propia en base a microdatos de OCDE

1 Descartando Colombia, que es menos extensa pero más poblada que Argentina.

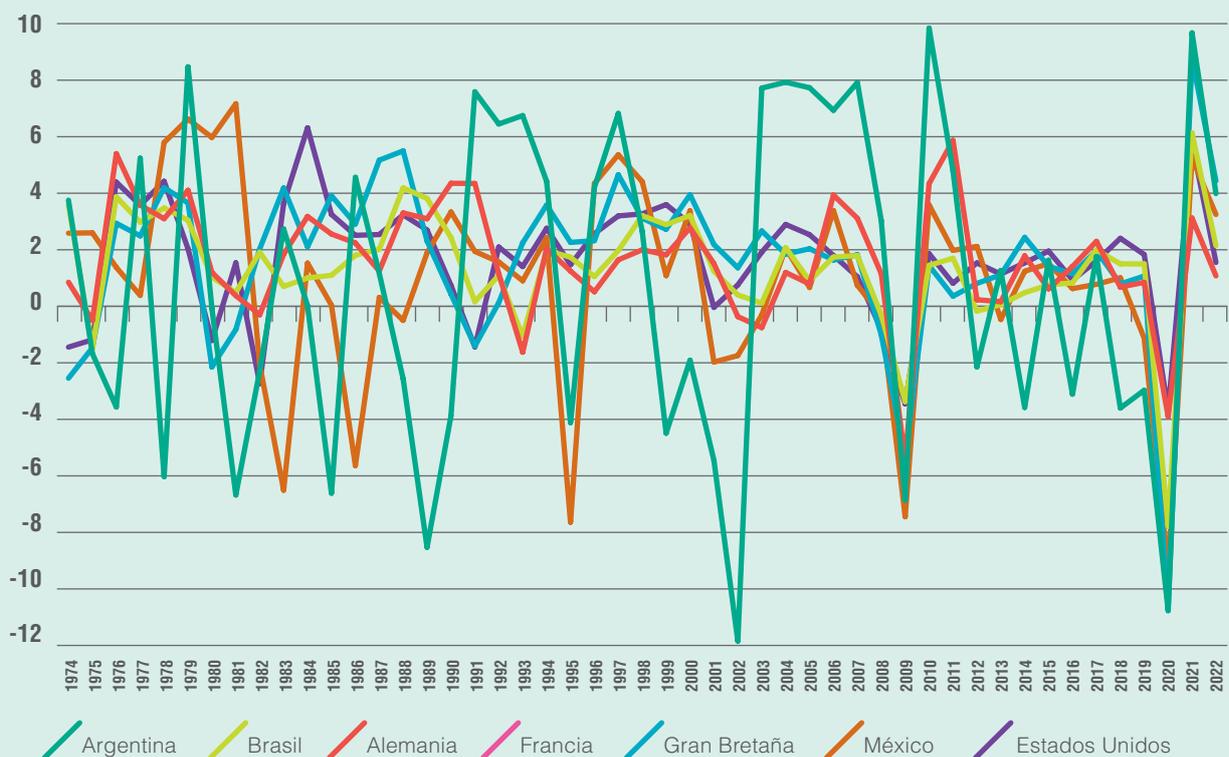
Más allá de las crisis compartidas, como la caída del producto en 2008/2009 (por la crisis subprime) y como los efectos de la pandemia de la COVID-19 en 2020, todos los países en la comparación tienen una mejor evolución de su producto per cápita. Si se observa con detenimiento el derrotero argentino se puede observar que post crisis de 2001, a precios constantes, nuestro PIB per cápita estaba como en los años setenta.

Ahora bien, no es sólo un problema de crecimiento o no del producto, sino que, también o más importante, hay un problema del comportamiento del propio crecimiento, que podríamos llamar sumamente errático. Por ejemplo, en el gráfico que sigue

“...No alcanza con ordenar la macroeconomía, nuestros problemas estructurales necesitan de un acuerdo político básico...”

se evidencia el modo del crecimiento del producto per cápita en términos proporcionales de un año respecto al anterior.

Gráfico 2: Crecimiento anual en porcentaje del PBI per cápita.
(1974-2022)



Fuente: elaboración propia en base a microdatos de OCDE

“...es falso que un ordenamiento de la macroeconomía facilitará el acuerdo político, por el contrario, a la inversa, a partir de ciertos acuerdos políticos se podrá ordenar la macroeconomía en el largo plazo...”

Entonces, una medida interesante para analizar este comportamiento podría ser calcular el coeficiente de variación de estas evoluciones. Si tomamos al lote de los países desarrollados (EE.UU., Reino Unido, Alemania y Francia), el coeficiente de variación de su PIB per capita está entre 1,24 y 1,77, mientras que para Brasil aumenta al 2,47 y México al 3,63. O sea, tienen mucha más variabilidad o volatilidad que los países desarrollados.

Ahora bien, para la Argentina, el coeficiente de variación asciende a 7,68. Comparativamente, se trata de una volatilidad enorme y, lo que es más grave, pensar que este comportamiento se debe sólo a nuestras debilidades macroeconómicas es falso: buena parte de esas debilidades macroeconómicas se asientan en una falta de acuerdos políticos entre los principales espacios. O sea, es falso que un ordenamiento de la macroeconomía facilitará el acuerdo político, por el contrario, a la inversa, a partir de ciertos acuerdos políticos se podrá ordenar la macroeconomía en el largo plazo. Lo primero ya lo hemos vivido y se ha comprobado, en cambio lo segundo aún parece estar lejos de materializarse.

Lo más grave es que esa falta de acuerdo político utiliza como excusa diferencias ideológicas que no se correlacionan ni se corresponden con lo que, luego, efectivamente hacen esos espacios que no son tan distintos a la hora de conducir la maquinaria

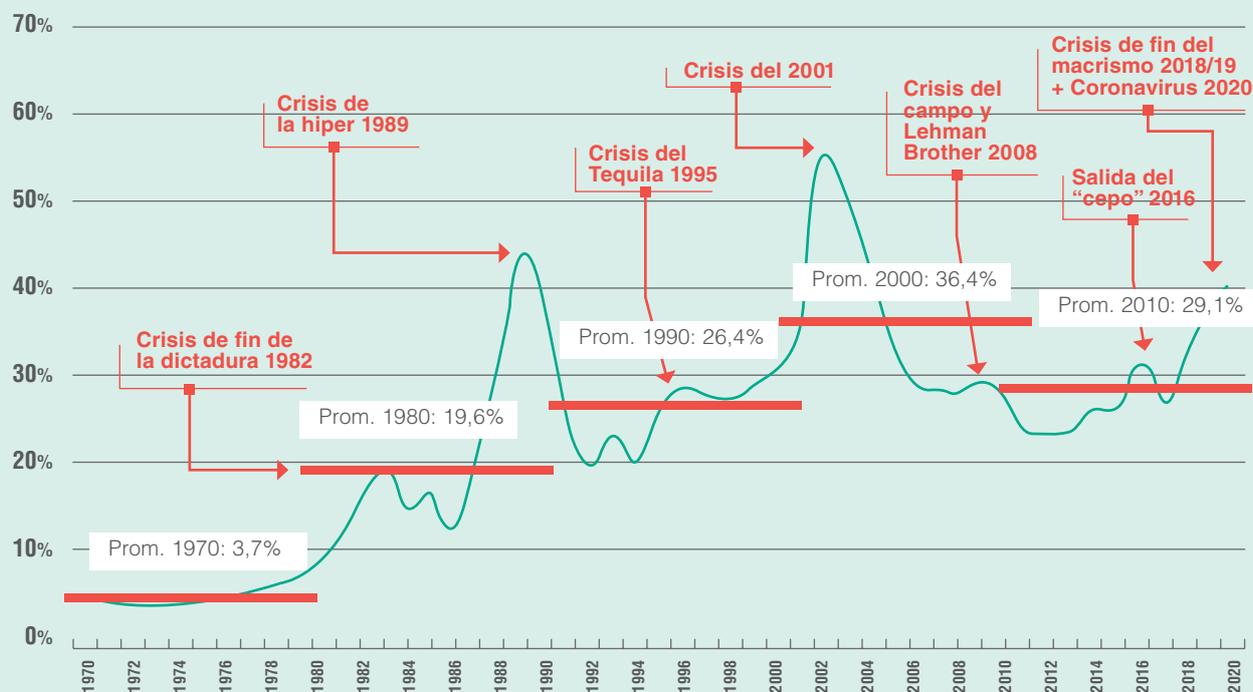
del Estado: todos apelan a la coyuntura y a una voluntad naíf de refundar de una vez por todas la dirección de marcha del país y lo único que terminan haciendo es un nuevo banquinazo. Entonces, ¿cuál puede ser la mirada extranjera de este comportamiento?, ¿cómo pretender lluvias de inversiones o credibilidad para el aterrizaje de capitales productivos? Cualquier respuesta que apele a las características subjetivas de los líderes de turno será, inevitablemente, inútil.

Esta es una parte de la historia que ha abierto, entre otras cosas, la posibilidad del ascenso de un candidato libertario, un candidato que postulara en la campaña la destrucción del Estado argentino como remedio de los problemas. En contrapartida, cabe preguntarnos qué es lo que el Estado argentino le estuvo dando a buena parte de su pueblo en estos últimos cuarenta años para que estas ideas hayan generado tanto nivel de adhesión.

Una forma estilizada de ver qué es lo que la población ha recibido es observar la evolución de la pobreza dentro de la Argentina. Tomando un gráfico muy ilustrativo, publicado en el diario *Ámbito*, basado en la combinación de fuentes de datos muy reconocidas, se puede observar cómo cada crisis, además de provocar un aumento muy pronunciado de la pobreza por ingresos² va dejando un stock cada vez mayor de personas en situación de pobreza.

² Es importante señalar que ese pico pronunciado de pobreza por ingresos, por lo general, está fuertemente vinculado a procesos devaluatorios, pero, asimismo, hay un deterioro estructural que permanece, a pesar de la recomposición de los ingresos en momentos posteriores a las crisis.

Gráfico 3: Población bajo la línea de la pobreza.
(1970-2020)



Fuente: Diario Ámbito – 07/10/2020 – En base a Indec, Ferreres, Cifra-CTA y Observatorio de la Deuda Social (UCA).

Asimismo, a lo largo de distintos análisis, hemos comprobado que esta población que está en una situación de pobreza es aquella que, durante los últimos treinta años, ha sido expulsada del sector moderno de la economía argentina, integrándose al cada vez más numeroso conjunto de los informales estructurales. Por ejemplo, para el año 2014 ya se observaba que, dentro del grupo de los trabajadores estructuralmente informales, se duplicaba la chance de posibilidad de estar dentro de un hogar en condiciones de pobreza.

La dirigencia de la sociedad argentina en su conjunto tiene bastante responsabilidad en este derrotero, y es el deber y obligación del Estado argentino arbitrar las condiciones de posibilidad que morigeren este deterioro, tanto por la ayuda directa a la población pobre como por implementar políticas públicas que apunten a un sendero de desarrollo distinto, porque, al final de cuentas, la solución de la pobreza no puede ni debe pasar por un asistencialismo permanente.

De esta manera se ha llegado al presente que tenemos. Ahora bien, desde el dramatismo actual, toda comparación con el pasado parece ser positiva. Por

ejemplo, obtener una tasa de inflación del 8% o 9% para el mes de abril o del 4,5% para junio y julio, podría leerse como algo positivo, mientras que, este mismo escenario, un año atrás, sería un indicador más o menos desastroso. Estas mismas comparaciones podrían hacerse del mismo modo con innumerables cuestiones; en resumen: cualquier momento temporal del pasado reciente presentaba menos problemas en comparación con cualquier momento posterior. Pareciera que este camino no hace más que ratificar el sendero de decadencia de largo plazo.

O sea, en 2014 la situación era menos problemática que en 2017, y este año menos que en 2019, y este menos que en 2022, y este menos que en la actualidad. Si bien cada una de las coyunturas fue y es diferente, sin embargo, todas se encuentran asentadas en la trayectoria de una misma dirección de marcha: una lenta pero persistente "latinoamericanización" de la estructura social y productiva argentina; con una sociedad cada vez más dividida entre quienes tienen (dinero, poder, cultura, educación) y pueden y aquellos que quedan excluidos de todo esto que, cuantitativamente, son cada vez más numerosos.//

■ La degradación de nuestro mercado de trabajo

Nuestra perspectiva, cuando comenzamos a editar este Dossier, estuvo y está muy centrada en la estructura del mercado de trabajo argentino, particularmente en un fenómeno que llamamos “informalidad estructural”, que refiere a las pequeñas unidades productivas y a sus trabajadores, que tienen una baja o nula relación de capital por puesto de trabajo y, por ello, su productividad es muy baja. Pero lo que está detrás de este fenómeno es un problema de la propia estructura social y productiva argentina que no genera o habilita los puestos de trabajo (asalariados o no) modernos en la cantidad suficiente para la oferta de fuerza de trabajo (trabajadores/as que necesitan trabajar) que hay. Las principales causas de esto, como señalara Mezzera³, están en el proceso de heterogeneidad estructural que se evidencia a través de la fractura del aparato socio-productivo, que en el caso argentino comienza a partir de mediados de los años setenta del siglo pasado; y, concomitantemente, por una insuficiencia dinámica de la Argentina para generar la cantidad suficiente de empleos de mediana o alta productividad⁴.

Por consiguiente, las consecuencias más evidentes y problemáticas de esto están en los segmentos relativamente estancos en que se organiza el mundo productivo argentino. Tal como lo expresáramos en nuestro primer número⁵ (Masello et. al., 2016), nuestro mundo socio-productivo puede modelarse en tres grandes sectores o segmentos:

Sector A: Compuesto básicamente por el sector primario (complejo agro-alimentario, minería, petróleo y gas, por ejemplo) más algunos nichos industriales y/o de servicios que trabajan a precios internacionales.

Sector B: Compuesto básicamente por algunas economías del sector primario, el resto de los sectores industriales, comerciales y/o de servicios que trabajan con costos y precios superiores a los internacionales y que se orientan y se desarrollan con el dinamismo del mercado interno.

Sector C: Compuesto por lo que nosotros llamamos Informalidad Estructural. Este sector obviamente está fuera de la escena internacional y opera con niveles de productividad y rentabilidad muy inferiores a los sectores A y B. Actualmente, este sector conglomerada alrededor del 35% del total de los ocupados.

Como para tener una idea, en cuantificaciones que se hicieron para el caso de la ciudad de Lima, Perú⁶, sobre el sector moderno y el sector informal en los años ochenta del siglo pasado, se estimaba que “[e]l costo de un puesto de trabajo inventado en el Sector Informal Urbano...” estaba en el orden de los U\$450 por trabajador “...siendo veinte veces inferior al costo promedio de un puesto en el Sector Moderno...”, el cual se ubicaba en el orden de los U\$13.000 por trabajador. Como se puede apreciar, se trata de una diferencia notable en el capital invertido por puesto de trabajo. Si bien en Argentina no se han establecido hasta el momento estudios que nos permitan apreciar este tipo de mediciones, es muy probable que la magnitud de separación entre unidades productivas modernas e informales sea bastante similar.

Uno de los problemas es que, cómo señaláramos en un artículo en 2017, tanto las trayectorias de pasaje de un sector a otro como las posibilidades de ir migrando el peso del sector informal son cada vez

3 Mezzera, Jaime. (1985). Apuntes sobre la heterogeneidad en los mercados de trabajo de América Latina. En Santiago Escobar (Ed.), El sector informal urbano en los países andinos, (pp. 28-44). Quito, Ecuador: ILDIS-CEPESIU.

4 Cabe señalar que, en Argentina, a diferencia de la mayoría de los países latinoamericanos, un tercer determinante, basada en la pequeñez relativa de la estructura socio-productiva, tuvo menos que ver en las causas de la informalidad estructural, ya que, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, Argentina era uno de los ejemplos de un país medianamente desarrollado y diversificado dentro de la región, con una mayor homogeneidad de su estructura social y productiva que la del resto de los países de la región.

5 Masello, D., et. al. (2016). El problema de la informalidad estructural. Dossier sobre calidad en el empleo y estructura socio-productiva, 1, 1-5.

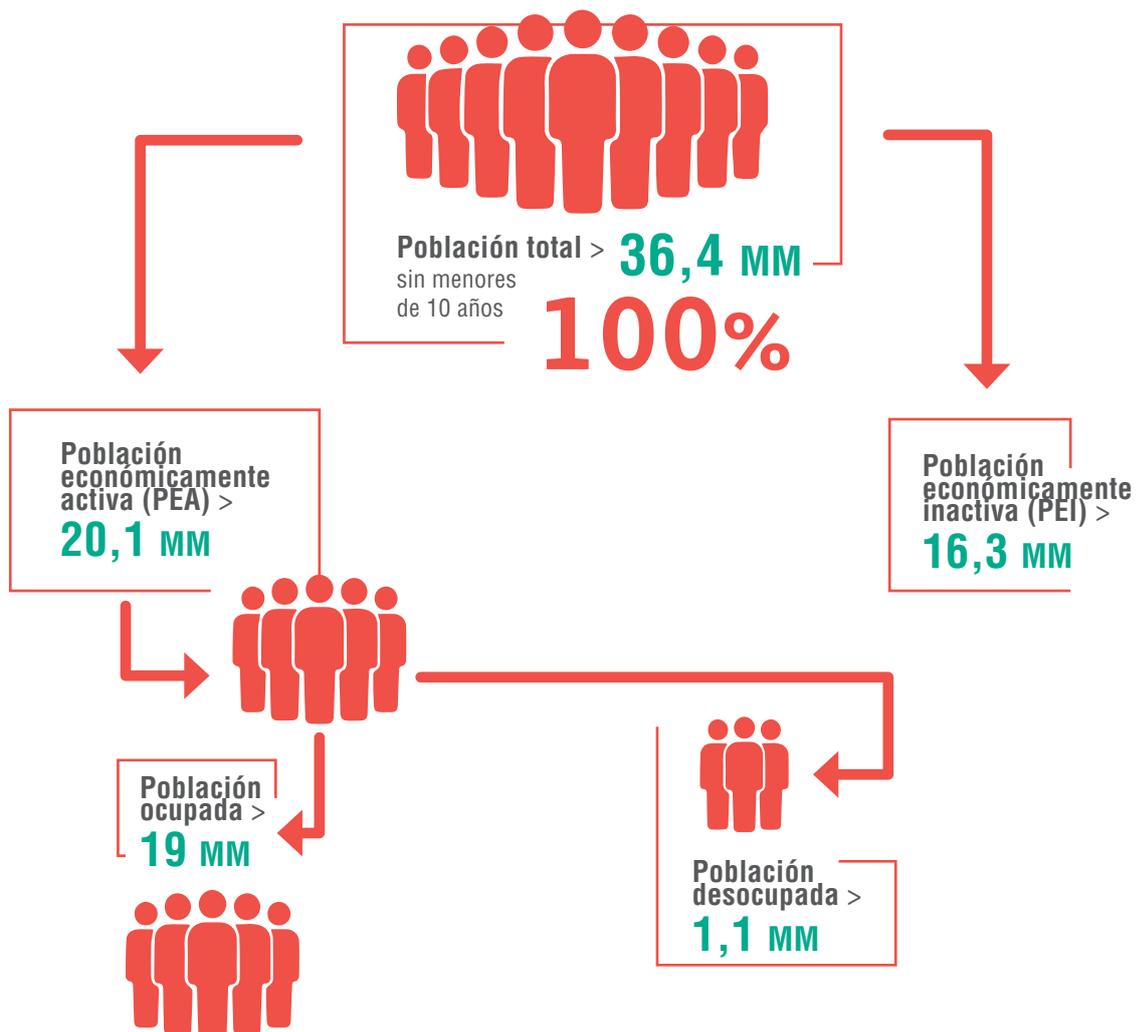
6 Carbonetto, D., (1985). La heterogeneidad de la estructura productiva y el sector informal. En Santiago Escobar (Ed.), El sector informal urbano en los países andinos. (pp. 45-68). Quito, Ecuador: ILDIS-CEPESIU.

más dificultosas. Dicho de otra manera, se consolida cada vez más lo que hemos denominado como el “Efecto Mateo socio-productivo argentino”, donde los sectores más dinámicos cada vez lo serán más y en un número más reducido, mientras que los sectores más postergados también cada vez lo estarán más y, además, la distancia relativa que separa a un sector del otro cada vez será mayor. Esto último implica las crecientes dificultades de una movilidad positiva vinculada a la inserción dentro del mercado de trabajo.

Ahora bien, ¿cómo era la situación del mercado de trabajo argentino a fines de 2023, cuando se produjo el cambio de gobierno? Para tratar de elaborar una

“Más de un 60% de la población ocupada tiene severos problemas de empleo...”

respuesta utilizaremos fundamentalmente los datos de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC) y otros indicadores que produce sistemáticamente el Ex Ministerio de Trabajo.



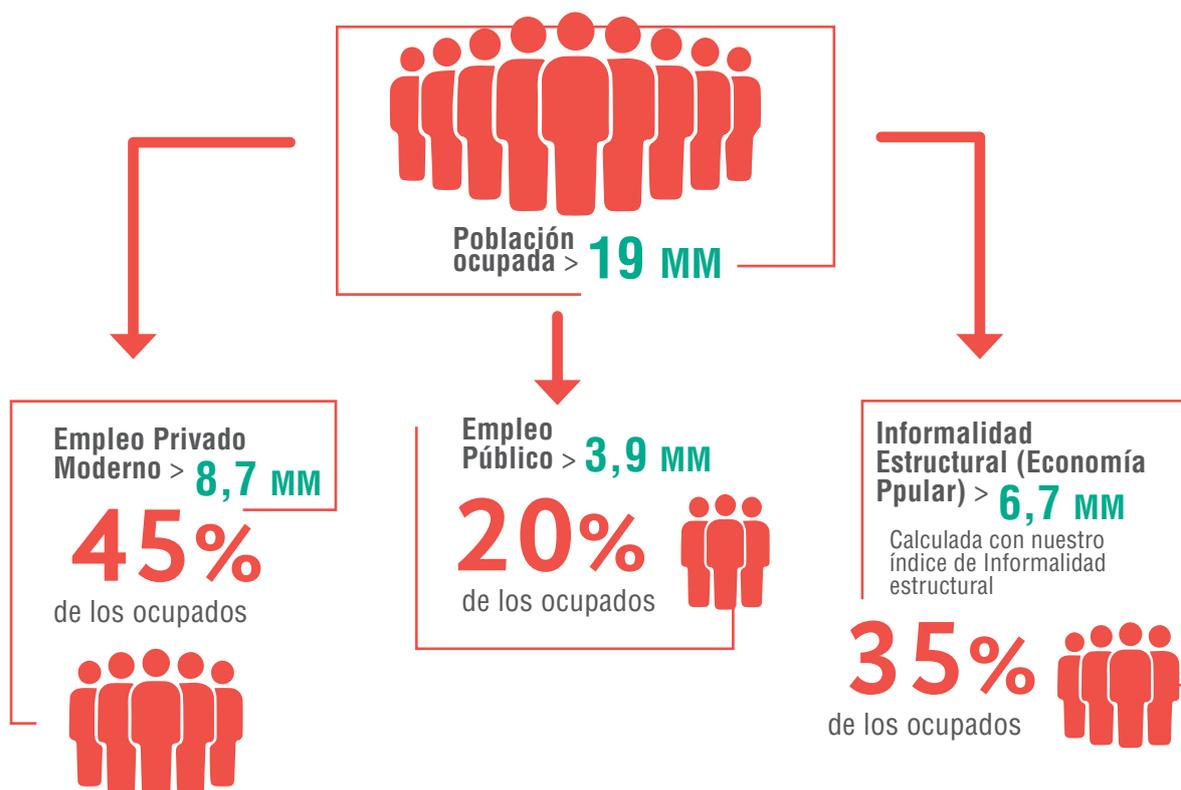
De esta primera segmentación básica y típica del mercado de trabajo, cabe señalar que, cada vez en menor medida, la tasa de desocupación abierta es el indicador más relevante de la situación del mercado de trabajo dentro de las sociedades que manifiestan una fractura en su estructura socio-productiva. En una mirada de largo plazo se puede observar que, hace veinticinco o treinta años, una persona desocupada trataba, desde la situación de desempleo, de encontrar un nuevo empleo, en lo posible con características similares al que había dejado o del que lo que habían despedido.

Luego de varias décadas de un acrecentamiento de la fractura de nuestra estructura social y productiva, las personas han incorporado el “habitus” (en los términos de Bourdieu) de autogenerarse un trabajo, en las condiciones en que se pueda hacer, generalmente en actividades que presentan bajas barreras de entrada. Por otro lado, es importante tener en cuenta que, para permanecer en el desempleo abierto, hay que tener los medios de financiamiento (ya sean propios o de familiares o amigos) para perma-

necer desocupado. Este panorama se combina con la poca (casi nula) cobertura que tiene el seguro de desempleo en Argentina y, para peor, para quien lo pueda obtener, su relevancia en cuanto al monto percibido es mínima.

Por ello, esta tasa de desocupación sirve cada vez menos para comprender los problemas más profundos y complejos del mercado de trabajo. En este sentido, creemos que, en Argentina, la tasa de desocupación ya tiene un comportamiento típicamente latinoamericano. De hecho, a fines de 2023 dicha tasa estaba en el orden del 5,5% y el último registro, que refiere al primer trimestre de este año, ya con parte de los despidos del sector público y cierta merma de la actividad dentro del sector privado, se ubicó en el orden del 7,7%.

Siguiendo este análisis, afirmamos que el principal problema del mercado de trabajo se puede observar indirectamente dentro mismo del conjunto de los ocupados, a partir del tipo de inserción que tienen de acuerdo a ciertas características de las unidades productivas donde trabajan.



“...en Argentina, la tasa de desocupación ya tiene un comportamiento típicamente latinoamericano...”

En primer lugar, es necesario establecer una segmentación entre tres tipos de ocupaciones estructuralmente diferentes. Por un lado, está el empleo público, que refiere a todos los puestos de trabajo que genera el Estado argentino en todos sus niveles y tipos, donde se cuentan empleos a nivel nacional, en las provincias y en los municipios. Asimismo, dentro del empleo público a nivel nacional están contemplados empleos en la administración pública, en las fuerzas armadas y de seguridad, en las empresas del Estado y en las universidades nacionales, entre otras formas. También están contemplados los puestos de trabajo tanto dentro del Poder Legislativo como dentro del Poder Judicial. En Argentina, en términos cuantitativos, todos estos puestos de trabajo representan un 20% del total de los ocupados.

Si se lo compara con otros países desarrollados o de desarrollo medio, según datos de la OCDE, sólo Francia está en esta proporción de empleo público. Alemania está en el orden del 12%, el Reino Unido en un 17% y Estados Unidos en el 15%. Si se observa el caso de México, según esta misma fuente, el empleo público está en el orden del 15%. Este dato global no necesariamente es un indicador negativo per se; muy posiblemente, en el caso francés, esta ratio no implica un problema ya que, en este sentido, es conocido el celo que ponen las autoridades francesas en la formación profesional de la burocracia pública y también es bastante sabido que ésta funciona como una parte central del engranaje de la vida macro y microeconómica francesa. Por el contrario, para nuestro país, queda como una pregunta que parecería que nadie quiere hacer públicamente, respecto a cuál es el nivel de funcionamiento y valor agregado de toda esta fuerza de trabajo.

En segundo lugar, tenemos el sector de la informalidad estructural, que encierra de alguna manera los puestos de trabajo de lo que se conoce como la economía popular. Ya hemos mencionado que la característica fundamental de este sector es la tendencia a una baja o muy baja productividad del trabajo, asentada en la carencia de tecnología física y, principalmente, en la carencia de procesos, de saberes y de educación formal y educación para el trabajo. Todo este empleo significa un 35% de los ocupados argentinos.

Finalmente, está lo que llamamos el empleo en el sector privado moderno. Este sector representa a un 46% de los ocupados. Es muy importante remarcar que el término moderno viene de la literatura académica, para resaltar que es un segmento con mayor dinamismo socio-productivo, pero en modo alguno se trata de un segmento homogéneo hacia adentro y “de punta” en términos tecnológicos. Es decir, el adjetivo moderno no debe conducir a la confusión de pensar que todos estos ocupados, y las empresas que los demandan, tienen características dinámicas; por ejemplo, aquí están todas las pymes y empresas que sólo trabajan (y que, en muchísimos casos, únicamente pueden trabajar) para el mercado interno. Como veremos a continuación, la situación se agrava notablemente cuando observamos los niveles de precariedad también dentro de este sector.

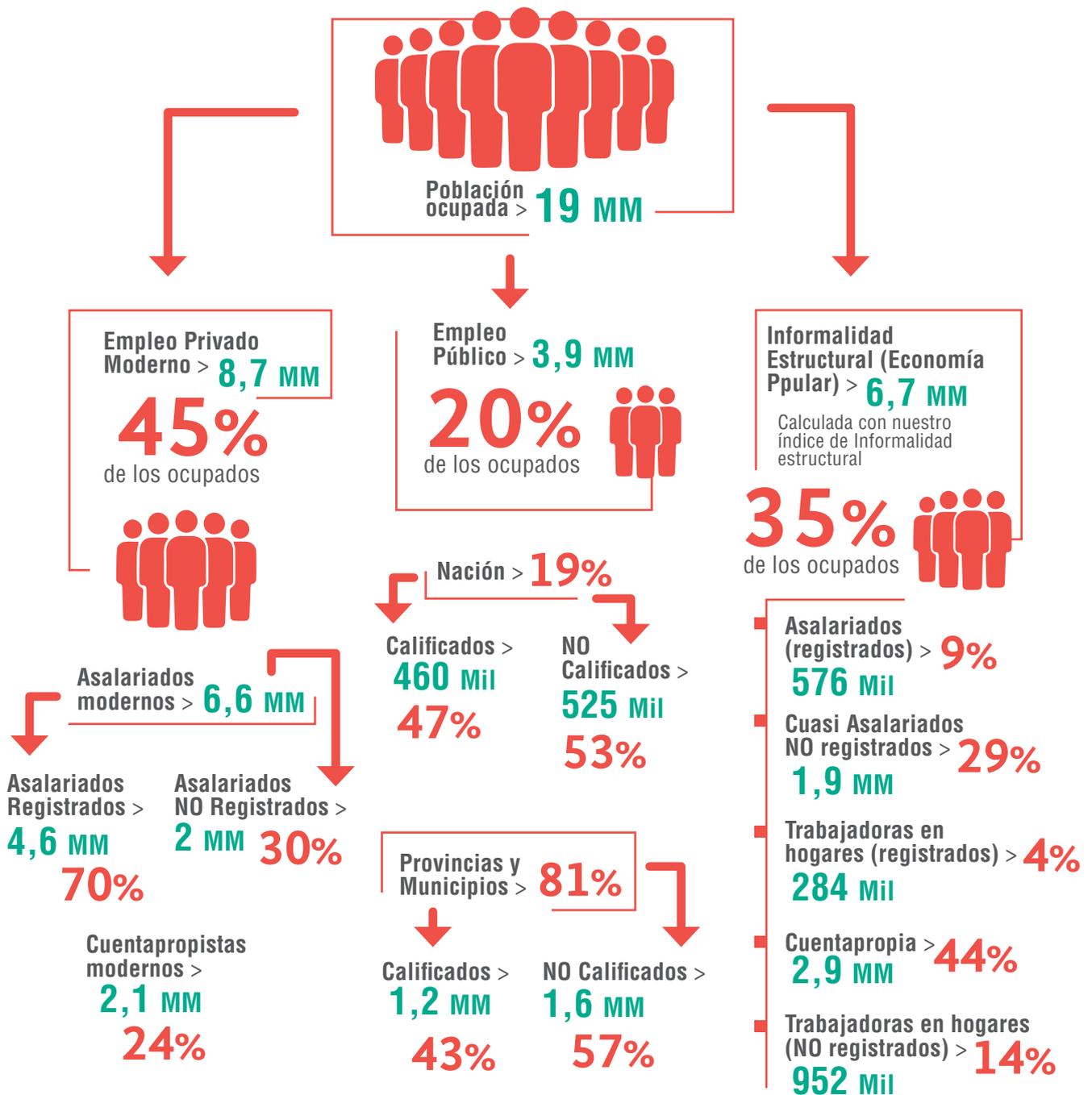
Entonces, para profundizar en la radiografía de cada conjunto, en el último esquema que se presenta a continuación se puede observar un desglose pormenorizado del tipo de ocupados dentro de cada uno de los segmentos. No nos detendremos en una lectura de cada una de las clasificaciones, sino que trataremos de observar las diferentes fuentes de precariedad en cada una de ellas y, particularmente, aquellos aspectos que vinculan a estas precariedades con un déficit de productividad en la forma de llevar adelante el trabajo.

Se nos puede reprochar nuestra insistencia con el problema de la productividad y la competitividad de las unidades productivas, quizás observando, equivocadamente, un sesgo economicista sobre los problemas del mundo del trabajo. Sin embargo, esta forma de pensar las cosas es factible si nos

olvidamos que detrás del concepto de productividad hay dimensiones relacionadas con capacidades cognitivas y de aprendizajes que, muchas veces, se las denomina erróneamente como “blandas”, haciendo alusión a lo que los especialistas mencio-

nan como “competencias socio-emocionales”⁷. A la vez, a partir de diversos trabajos⁸ hemos ratificado que este tipo de competencias demuestran ser tan importantes como los elementos físicos o la tecnología hardware.

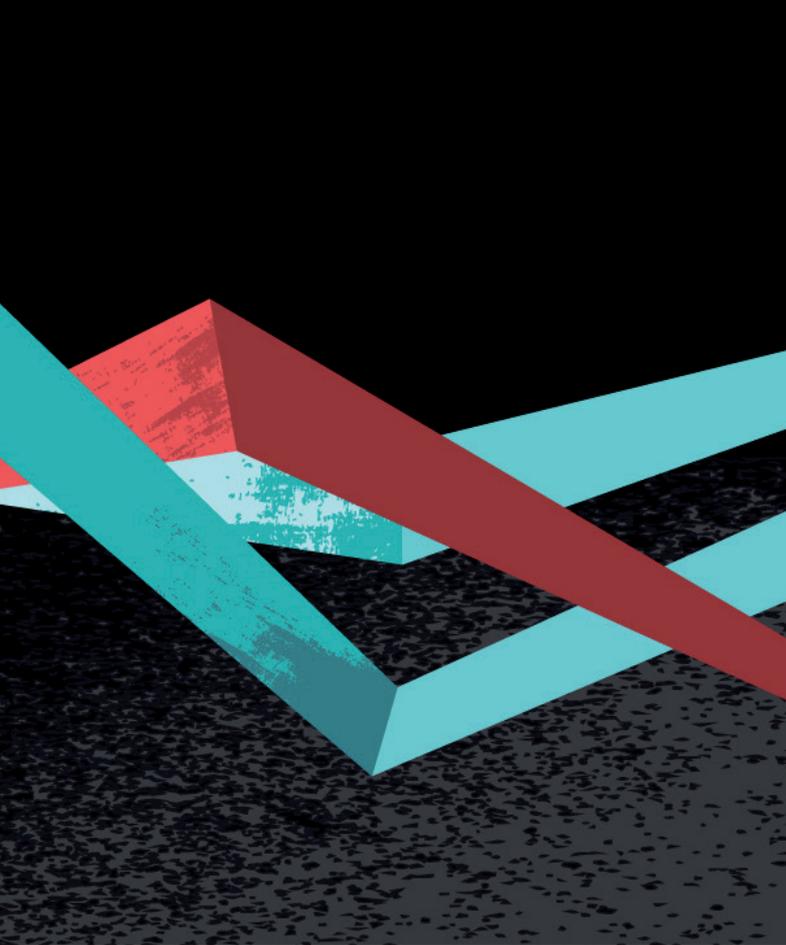
Estructura del mercado de trabajo argentino



Fuente: OEDE-STEySS en base a SIPA (AFIP) / EPH (3er Trimestre 2023).

7 Vargas Zuñiga, F., (2017). Apuntes sobre la brecha de habilidades en América Latina y el Caribe, OIT, Cinterfor, Bogotá.

8 Granovsky, P., Gerolimetti, M., (2023). Innovación en las Pymes y Centros tecnológicos. Herramientas para mejorar la gestión de procesos organizacionales, en Colección Diagnóstico y Prospectiva, Masello, D., Orrego, S., Coord., Fundación UOCRA y Cámara Argentina de la Construcción, Bs. As.



“...muchos trabajadores y trabajadoras, si no tuvieran un puesto de trabajo dentro del sector público, muy probablemente estarían dentro de lo que hemos segmentado como informalidad estructural...”

Obviamente, dentro del segmento de las unidades productivas estructuralmente informales, como su denominación indica, todas tienen características de precariedad a través de múltiples dimensiones: la principal, como señalamos al inicio, es la bajísima productividad del trabajo que desarrollan, aspecto determinado por una combinación compleja de factores. Además, por tener esta característica, se le asocian otros problemas como la falta de registro o encuadre dentro de las leyes laborales; entonces, no tienen los trabajadores derechos a un aguinaldo, a vacaciones pagas, a ciertos límites en la carga horaria, y en general trabajan con procesos que no respetan las recomendaciones mínimas en cuanto a la calidad de los procesos o a sus riesgos asociados. Como evidencia de esto, cabe observar que sólo el 13% de la totalidad de estos trabajadores y trabajadoras están registrados según las normativas laborales.

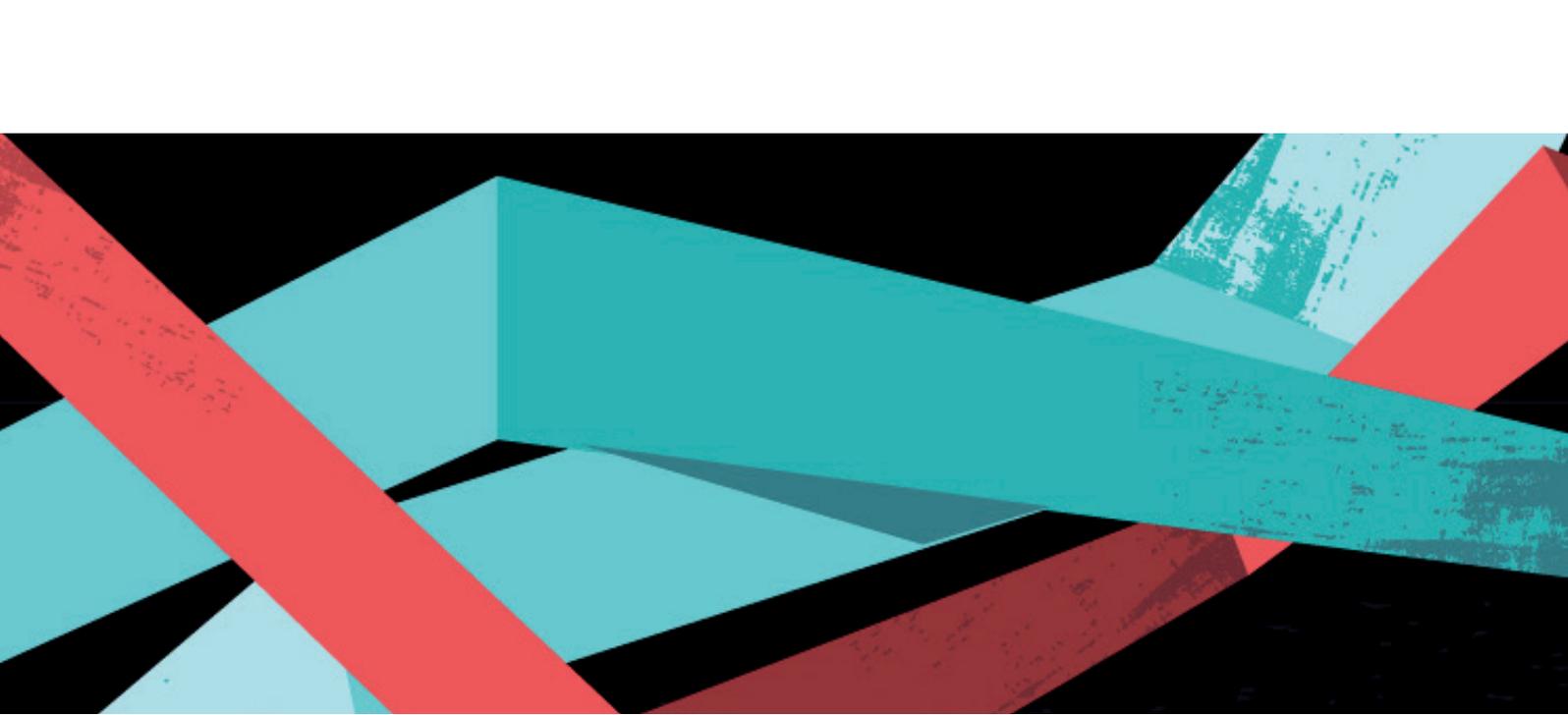
Respecto al empleo público, es importante notar que la mayoría del mismo está en las estructuras de las provincias y municipios. Sin embargo, su distribución no es homogénea: mientras que en provincias que tienen un importante desarrollo productivo el empleo público está muy por debajo del promedio, por ejemplo, en Córdoba es del 12%, en Santa Fe, del 17%, en Mendoza, del 19% y en la Provincia de Buenos Aires es del 18%, en las provincias del NOA y el NEA las proporciones son muy superiores; por ejemplo, en Catamarca es del 34%, en Chaco, del 28%, en Formosa, del 24%, en Jujuy,

del 27%, en La Rioja, del 45%, en Misiones, del 25% y en Santiago del Estero, del 25%.

Observando estos datos, es lícito pensar que, lamentablemente, en ciertas zonas, muchos trabajadores y trabajadoras, si no tuvieran un puesto de trabajo dentro del sector público, muy probablemente estarían dentro de lo que hemos segmentado como informalidad estructural. Indirectamente, también podemos aproximarnos a esta conjetura analizando la calificación de estos puestos de trabajo: mientras que dentro de la estructura nacional el empleo público de baja calificación representa un 14% del total, el empleo de este tipo en las provincias y municipios asciende al 41% del total.

De alguna manera, este panorama también nos habla de los problemas de dinamismo y desarrollo en numerosas provincias argentinas. La pregunta que subyace es ¿caso estos problemas son nuevos, aparecieron recientemente, o se han ido forjando durante décadas?, donde quienes conducen los gobiernos provinciales tendrían que reconocer en la discusión pública la responsabilidad que les compete. No hay razones naturales para tener provincias atrasadas en lo que respecta a su desarrollo socio-productivo o respecto a la innovación y creación de empresas dinámicas.

Finalmente, queremos enfatizar que poner la causa o la carga del problema sobre los sujetos trabajadores no sólo es un error, es éticamente reprochable. Las personas no son culpables respecto a cómo funciona el conjunto de lo público; en el peor de los casos



“...trabajadores y trabajadoras o bien hayan perdido el interés y el compromiso o simplemente terminen refugiándose en un empleo público...”

puede que aprovechen situaciones dadas, donde la combinación de la altísima rotación de las jerarquías, la ausencia de planificación y visión de largo plazo, la resistencia a la evaluación de desempeño y de metas, funcionen como un caldo de cultivo para que muchísimos trabajadores y trabajadoras o bien hayan perdido el interés y el compromiso o simplemente terminen refugiándose en un empleo público.

Por último, también se puede observar dentro del sector privado moderno una serie de problemas que afectan directamente al mercado de trabajo. En primer lugar, dentro de este grupo de trabajadores un 30% no se encuentra registrado según la normativa laboral vigente, lo que hace que estos trabajadores tampoco estén sindicalizados y tengan otras situaciones de precariedad asociadas. Asimismo, hay que tener en cuenta que del total de los trabajadores modernos (6,6 MM), un 54% trabajan en empresas de hasta 25 trabajadores, o sea, una pyme chica. Ahora bien, dentro de este último grupo, el no registro trepa al 58%.

Conclusión: dentro del conjunto de los asalariados modernos, que sería el segmento más dinámico, el que se desempeña en las unidades productivas que

mejor están dentro de nuestra economía, se evidencia que, a medida que disminuye el tamaño de dichas unidades productivas, aumenta el deterioro en materia de las relaciones laborales y, seguramente, en materia de competitividad también.

Entonces, este es el panorama con que se hubiera encontrado cualquier gobierno en el mes de diciembre pasado. De modo que las responsabilidades son compartidas entre los diferentes gobiernos, nacionales y provinciales, de las últimas décadas, manchando con un proceso de degradación económica y social el período democrático más extenso de la historia de la Argentina. Por ello señalamos en el título la paradoja de la convivencia democrática con el deterioro de nuestra sociedad. Quizás por ello en la actualidad haya muchos que se permitan poner en jaque o cuestionar el sistema democrático sin que esto provoque el repudio generalizado de la población.

Si bien el actual gobierno, queriéndolo o no, impuso muchas discusiones, lamentablemente no parece estar ocupándose de los problemas estructurales y persistentes. En el próximo apartado analizaremos qué observamos de lo que está ocurriendo en el presente.//

■ El cortoplacismo como modo de gestión y de vida

Como hemos visto antes, los problemas no se iniciaron en diciembre del año pasado. De todos modos, este gobierno parece empeñarse en continuar, por caminos diferentes, el sendero de la decadencia, utilizando, al igual que los otros gobiernos, el cortoplacismo como el modo predominante de gestión y sin una planificación sofisticada de la intervención de la política estatal. El gobierno parece no reconocer que se encuentra frente a un sistema complejo (no se trata solo de acomodar la macroeconomía), donde hay que operar con una planificación cuidadosa sobre cada parte del sistema, ya que cada parte afecta y retroalimenta a las otras. Contrariamente, ahora parece que, con el solo recorte, de una manera bruta, de los gastos estatales y la contención relativa de la tasa de inflación se solucionan los problemas.

Entonces, el actual gobierno libertario, al igual que los últimos tres, va tocando teclas y poniendo medidas al vaivén de la coyuntura, pero, como cuando se toca una naranja de la pila, las otras se desacomodan y así hay que volver a tocar una y otra vez. Es evidente que, en esta gestión, como en las otras, sus responsables no se esfuerzan por comprender que lo que tienen enfrente es un sistema, con interconexiones e interrelaciones. A un sistema se lo conduce con algún tipo de plan, preferentemente con gente capaz y, como señalamos antes, con ciertos acuerdos políticos que, de una manera creíble para los argentinos, pero también para los agentes extranjeros, den una orientación global a dicho sistema.

Pensado en estos términos, pase lo que pase, se puede afirmar que este gobierno ya está transitando un fracaso, quizás a una velocidad no vista en todos los gobiernos desde el retorno de la democracia. Porque en términos sistémicos, en mayor o menor medida todos fracasaron, ninguno pudo sentar las bases de un nuevo modelo económico y social tras los cambios estructurales de los años setenta del siglo pasado. Utilizamos la palabra “fracaso” porque, más allá de que a lo largo de este año se pueda organizar la macroeconomía, cosa que to-

“...Cuarenta años de democracia y una parábola de la decadencia económica y social...”

davía es incierta, algunos de los datos disponibles de los primeros meses reflejan la profundización de varios problemas.

Por una parte, los salarios, medidos por RIPTE, en comparación con el mes de junio de 2017, han caído casi un 60%, situación que ha sido concomitante con la profundización de la pobreza que, según estimaciones del Observatorio de la Deuda Social para el primer trimestre del año, está por encima del 54%, cuestión coincidente con el achatamiento de la pirámide social de ingresos, que refleja actualmente que la clase media baja más la clase baja implican al 78% de la población argentina⁹.

Respecto a la cuestión financiera, el riesgo país aumentó 38% en comparación con el mes de abril, cuando, al parecer, tocó su piso, de modo que Argentina con esta sobre prima continúa fuera de las posibilidades de financiarse con crédito externo. Tomemos como comparación que, a mitad de 2018, ya con los problemas financieros del gobierno de Cambiemos, el riesgo país se ubicaba en algo más de 500 puntos básicos. Si se observa el tipo de cambio real, actualmente parece haberse disuelto la competitividad lograda con la devaluación de diciembre, que llevó el índice del tipo de cambio real a los 162 puntos, encontrándose actualmente en 87 puntos, similar al del ministro Massa en 2023.

A partir de esta situación, muchos economistas señalan como un problema el atraso del tipo de cambio nominal, que estaría funcionando como un anclaje para tratar de contener la tasa de inflación. Sin embargo, pocos apuntan que la relación de nuestra

moneda con el dólar también (y quizás sea lo más importante para tener en cuenta) refleja la relación de competitividad y productividad entre ambas economías. Por lo tanto, más allá de las martingalas financieras, la pelea de fondo de Argentina está ubicada en la famosa restricción externa, que no se podrá solucionar mientras Argentina no incrementa, de manera generalizada, sus niveles de productividad. A la vez, la productividad se mejora, por un lado, con la innovación tecnológica y de procesos y, por el otro, con el aumento del (tan en boga actualmente) capital humano. Y estas dimensiones difícilmente se puedan cambiar notoriamente en el corto plazo: requieren tiempo, esfuerzo y cierto plan que guíe u oriente estos cambios.

Sólo por tomar dos ejemplos detallados en un libro de la CEPAL¹⁰ respecto a cómo Noruega y Australia aumentaron la participación de sus bienes de capital en sus exportaciones. En el primer caso observan que “[I]a importancia destacada del sector de bienes de capital en la economía de Noruega, inicialmente relacionada con la actividad petrolera, tardó cuatro décadas en consolidarse.” Del mismo modo, “...en el caso australiano, en 1970 los bienes de capital representaban el 5% de las ventas del sector manufacturero mientras que en la década del 2000 esta proporción era del 15%.” Como se puede apreciar, estos dos países, considerados desarrollados y con una muy buena calidad de vida de su población, necesitaron varias décadas para transformar su estructura de inserción productiva en el mundo (unos a partir del petróleo y los otros a partir de la explotación del sector minero) y que este cambio redundase en beneficios sociales y económicos internos.

De modo que, cuando se escuchan las declaraciones de dirigentes de espacios políticos de lo más diversos sobre la explotación de nuestros recursos en hidrocarburos y en minería, se habla de un corto plazo que, en buena medida, tienen una dosis de realismo mágico. Obviamente, el hecho de poder incrementar las exportaciones en estas cadenas será algo positivo, pero hay que tener en cuenta que el modo y la velocidad en que esto va a ocurrir no se resolverá en el corto plazo.

Con lo cual, finalmente y para salir del equívoco de pensar que la raíz del problema es económica, quisieramos reiterar que el puntapié del cambio es de índole político. Un cambio estructural requiere que los principales dirigentes, de manera transversal, se sienten a acordar un conjunto básico de políticas de largo plazo, meditando sobre las mismas, despojándose por un momento de la coyuntura y estableciendo que dichas políticas no tienen que quedar atrapadas en las disputas electorales. Este tipo de compromiso es, lamentablemente, el cimiento que precisa luego la macro y microeconomía para poder desarrollarse con cierta sustentabilidad.

Por ahora, pensamos que esta situación está más en el plano de la utopía que en el plano de un escenario posible. Este gobierno, al igual que los que lo precedieron, parece estar jugando también a una nueva grieta. Por ello afirmamos que, en estos cuarenta años, el sistema democrático argentino ha superado crisis institucionales muy profundas, pero refleja, a la vez, un proceso casi ininterrumpido de decadencia económica. La pregunta que nos queda por hacer es si tendremos la capacidad de poder cambiar esta tendencia.//

10 Peirano, F., Carregal, C., Peirano, M., A., (2017), El complejo de bienes de capital: entre el carácter estratégico, la expansión y los límites estructurales, en *Manufactura y cambio estructural. Aportes para pensar la política industrial en la Argentina*, Abeles, M., Cimoli, M., Lavarello, P., Coord., CEPAL, Santiago de Chile.

STAFF

DIRECCIÓN DE LA PUBLICACIÓN >

Pablo Jacovkis

[Director del Centro Interdisciplinario de Estudios Avanzados – UNTREF]

Gustavo Gándara

[Director Ejecutivo de la Fundación UOCRA]

DIRECCIÓN DE CONTENIDOS >

Diego Masello

EQUIPO EDITORIAL >

Pablo Granovsky

Guillermo Zuccotti

Vanessa Verchelli

Beatriz González Selmi

Daniel Contartese

Nara Álvarez

EQUIPO DE EDICIÓN Y DISEÑO >

Equipo editorial de Aulas y Andamios

AUTORIDADES

Gerardo Martínez

[Presidente de Fundación UOCRA]

Martín Kaufmann

[Rector UNTREF]

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DEL ITRAS:

Pablo Jacovkis

Gustavo Gándara

Guillermo Zuccotti

Fernanda Miguel

Diego Masello

[Director del ITRAS]



UNTREF

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO